



EL SOLITARIO DESAPARECIDO

UNA AVENTURA DE
ROBERTO ALCÁZAR Y PEDRÍN

GUION - F. AMORÓS
DIBUJOS - E. VAÑO

Roberto colgó el auricular después de la llamada telefónica.

—¿Quién era? —preguntó Pedrín.

—La señora Whybrow. De su casa ha desaparecido un solitario tasado en más de veinte mil libras esterlinas.

—¡Nos reventó las Navidades! ¡Con los planes que yo me estaba forjando...!

Y la mirada del muchacho se posó sobre el teléfono que tan inoportunamente frustraba sus alegres proyectos.

Nuestros amigos no tardaron en llegar a la mansión de los Whybrow y en el acto fueron conducidos a presencia de la señora que se encontraba en la biblioteca hablando con el cocinero.

A pesar que era media tarde, las cortinas estaban echadas, las luces eléctricas brillaban encendidas y un agradable fuego ardía en la chimenea situada en el fondo del salón.

—Han sido muy amables en venir en seguida, señor Alcázar.

—Nuestro lema es prontitud y diligencia y, en este caso, es un placer ponernos a su disposición.

—¡Cuánta cobar! —pensó Pedrín para sus adentros, temeroso de exteriorizar sus pensamientos y de echarlo todo a rodar, pero era cierto que Roberto debía algunos favores a la opulenta dama desde el principio de su carrera...

La conversación era bastante animada.

—No me lo explico, señor Alcázar. Dejé todas las joyas encima de la mesa y cuando fui a guardarlas noté la falta del solitario. He interrogado a la servidumbre y nadie sabe nada.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará un par de horas. El servicio ha estado muy ocupado toda la mañana prepa-

ndo la fiesta de esta noche. Lo cierto es que cuando se me ocurrió cambiar las joyas de lugar para ponerlas en el "secreter" me faltaba el solitario. No me ausenté ni cinco minutos.

—¿Dónde estaba usted en ese momento?

—Fui a la galería a dar instrucciones a Henry.

—Me gustaría ver dónde dejó usted las joyas.

La mesa era redonda de caoba fina. Roberto la examinó detenidamente y después miró la pulida superficie de la misma. A cierta distancia, Pedrín seguía los movimientos de su jefe con mohín de desagrado; para amargarle la noche sólo faltaban las deducciones policíacas y las investigaciones en privado. Roberto con una lupa; observaba la mesa con una meticulosa desesperante.

Durante un rato se ensimismó en sus pensamientos y después recorrió la estancia mirando el brillante suelo.

—Terminan de encerrarlo—, observó la señora Whybrow.

Roberto cambió de postura para preguntar:

—¿Qué le estaba diciendo al cocinero?

—He interrogado a toda la servidumbre y el último fue Ernest, el cocinero. Contraté sus servicios para esta noche y, por supuesto, es de quien tengo mis dudas. El resto son de absoluta confianza.

En ese instante se oyó una llamada que obligó a la dueña a dejar solos a nuestros héroes. Pedrín, no supo ocultar su aburrimiento con un largo y prolongado bostezo.

—Da una vuelta por ahí y se te pasará. En realidad, no te necesito.

Pedrín sonrió.

—¿Ha descubierto algo? Porque yo veo la cosa más negra que la boca de un túnel.

—Es pronto para sacar conclusiones; ve a la cocina y haz compañía al cocinero. Te lo agradeceré.

Una vez la señora Whybrow estuvo de

regreso, Roberto le espetó la necesidad de hacer unas preguntas a la servidumbre. Y en efecto, un poco después, interrogaba al ama de llaves.

—Créame, estamos consternados. Esto no había sucedido nunca y ahora no nos atrevemos a levantar la cara del suelo. ¡Qué vergüenza, Dios mío!

Tras el interrogatorio, nuestro héroe no sacó ninguna conclusión. Como muy bien había dicho la señora Whybrow, el servicio era todo de su absoluta confianza, excepto el cocinero. Pero de éste, estaba ocupándose Pedrín.

—¿Ya sabéis quién es el ladrón, muchacho?

—¡Ya lo creo! Mi jefe es un lince de aúpa y en un segundo ha descubierto al que robó el solitario.

—¿Tan pronto?

—En seguida. Sólo es cuestión de comprobar las huellas que dejó sobre la mesa y prenderlo.

El cocinero se mostraba nervioso.

—¿Puedes decirme quién es? ¿Está entre nosotros?

Pedrín al observar la nerviosidad del cocinero, se dispuso a ponerlo más nervioso todavía.

—Está aquí, entre "nosotros" y antes de una hora lo tendremos amarrado codo a codo.

—¿Cielos! ¿Puedo saber de quién se sospecha?

—Secreto de profesión.

—Te daré lo que más te guste de la alacena. Hay de todo lo que pueda apeteecer un chico como tú.

—¡Bah! No me apetece nada. Lo único que me gustaría saber es dónde está el pavo que vais a sacrificar para esta noche, porque supongo que la señora habrá encargado uno.

—¿El pavo? En seguida te lo muestro, muchacho. Pero cuidado, que es muy agresivo.





Un minuto después, Pedrín recreaba su mirada en el pavo. Era un entusiasta de los animales y le gustaba verlo ir de una a otra parte.

—Es muy hermoso.

—Pesa más de cinco kilos. Pronto le tocará el turno de contribuir a la fiesta.

—¡Pobre! Cuando llegue el momento me avisa, quiero estar lo más lejos posible. Me pone enfermo ver sacrificar estos animales.

—Pero te gusta comerlos ¿verdad?

—¡Quién sabe si él es el culpable!

Pedrín se volvió al oír la voz de Roberto.

—¿Qué quiere decir?

La pregunta de Pedrín quedó momentáneamente en el aire. Después cayó al vacío hasta que Roberto le sacó de dudas.

—Sobre la pulida mesa donde desapareció el solitario hay huellas de patas.

—¿Quiere decir que el animalito ha estado sobre la mesa y se lo tragó?

—Hasta el momento ésas son las conclusiones que he sacado.

Y su mirada se posó sobre el cocinero que parecía respirar aliviado.

—¿Y cómo lo sabremos? —espetó Pedrín.

—Sacrificándolo. Pero antes... vamos al salón....

Una vez en el salón, Roberto convocó a la señora Whybrow y a todo el servicio. Una vez reunidos se explicó así:

—No hay ningún problema; el caso ha sido ya descubierto.

Como oyera algunos murmullos de satisfacción, impuso silencio y prosiguió:

—Ha sido más sencillo de lo que me figuraba y mi ayudante dio con la solución exacta. Me explicaré. Como es natural, en esta casa y muchas es costumbre por estas fechas comprar lo necesario para celebrarla. A Ernest, el cocinero, se le ocurrió y, también es natural, comprar un ave de bastante peso siguiendo la tradición. Y compró un pavo que



dejó en la cocina. Ahora bien, no debió dejarlo como era debido, porque el animal, en un descuido se escapó y se introdujo en la biblioteca donde en ese momento la señora había dejado sus joyas con el propósito de meterlas en el "secreter". El pavo en cuestión, saltó a la mesa y se tragó el solitario, volviendo poco después a la cocina. Sus huellas han quedado patentes sobre la mesa y sobre el encerado del suelo. Ya no resta más que traer el pavo y sacrificarlo.

Poco después, Ernest acudía con el animal en brazos.

—Vaya a la cocina y sacrifíquelo. Verá como es él quien tiene el solitario.

—¿Y no podría hacerlo en presencia de todos? —sugirió el ama de llaves.

—No es oportuno —aclaró Roberto Alcázar—. Que lo haga solo el cocinero, no es nada grato ver sacrificar a un animal.

Transcurrieron cinco minutos eternos. En todos los rostros se reflejaba la ansiedad de las palabras de Roberto. ¿Era posible tanta casualidad? A veces la lógica se encierra en las más absurdas teorías. Y ésta era una de ellas.

Los cinco minutos transcurrieron con una lentitud desesperante. Mentalmente fueron de angustia y de zozobra... hasta que apareció el sonriente rostro de Ernest con el solitario en la mano.

—Tenía usted razón, señor Alcázar. Estaba en el vientre del animal.

Han transcurrido tres días. Nuestros amigos se encuentran en su apartamento comentando las incidencias de las fiestas navideñas.

—Estuvo bien la fiesta de la señora Whybrow.

—Y estupendo los guisos que preparó el cocinero.

Al poco rato suena el timbre y Pedrín abre la puerta. En el umbral aparece la figura de Ernest, el cocinero de la señora Whybrow.

—He venido a darles las gracias, señor Alcázar y no sabe cuánto le agradezco el que no me pusiera en evidencia delante de todos. Porque yo fui quien cogió el solitario de la señora.

—Lo sabía. Prosiga usted.

Ernest, antes de hablar, pasó su mano por su frente.

—Fue una mala tentación, pero tengo a mi esposa enferma y cuatro hijos, no tengo empleo seguido y todo contribuyó al mal pensamiento que tuve. Pensé que con el importe de la venta de esa joya hubiese salido de apuros... Yo no soy un ladrón, señor Alcázar. Fue la necesidad, ¿me comprende?

Roberto palmoteó la espalda del afligido hombre.

—No se preocupe, nosotros paliaremos su situación. Hablaré a la señora y le explicaré su caso, omitiendo como es natural lo ocurrido, y como la señora Whybrow tiene un gran corazón, se hará cargo de las circunstancias y le solucionará su problema. Que ahora es ella la que está en deuda conmigo.

Pedrín metió baza en la conversación: —No quisimos cobrarle nada. Nos conformamos con quedarnos a cenar y lo pasamos "bomba".

Al quedar de nuevo solos, Pedrín se quedó mirando a Roberto.

—Vino y se fue. ¿Sabía que era él?

—En absoluto. Cuando en la cocina te oí hablar del pavo inventé en el acto aquella solución.

—Pues si no llega a dar en la diana... ¡Vaya cinco minutos que pasaría usted! ¡Y vaya trago!

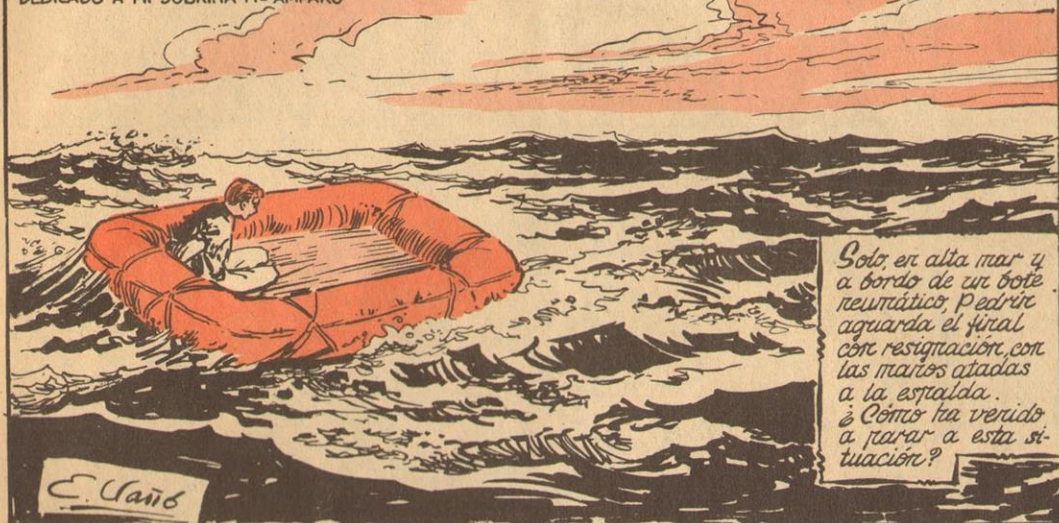
—Puedes imaginártelo. Porque al fin y al cabo, el que hubiese corrido el ridículo era yo, que urdí la treta para descubrir al verdadero culpable.

FIN

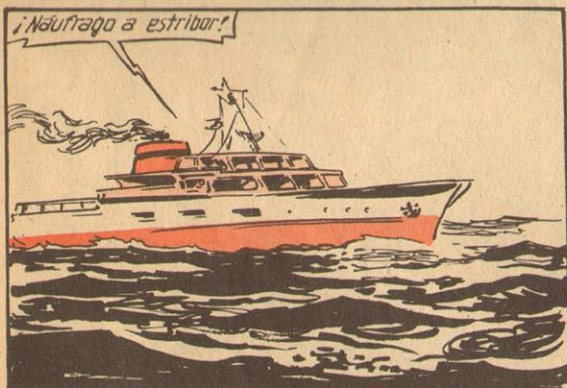


ROBERTO ALCAZAR y PEDRIN en EL LABORATORIO

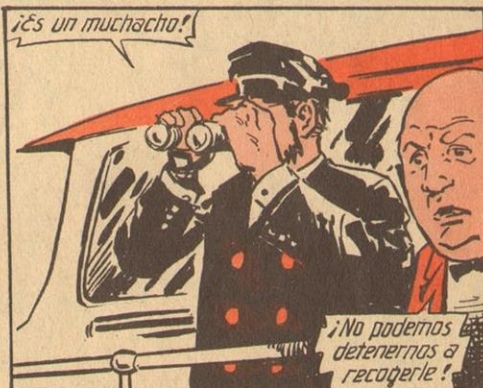
DEDICADO A MI SOBRINA M^{te} AMPARO



Solo, en alta mar y a bordo de un bote neumático, Pedrin aguarda el final con resignación, con las manos atadas a la espalda.
¿Cómo ha venido a parar a esta situación?



¡Náufrago a estribor!



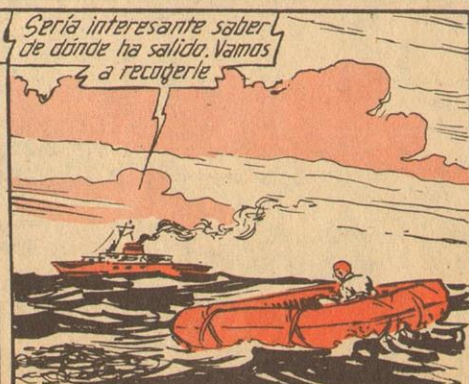
¿Es un muchacho?

¡No podemos detenernos a recogerle!



¡Nadie tiene que conocer nuestra misión! Ya le recogerán otros

Difícil será. Estamos fuera de las líneas de navegación normales



Sería interesante saber de dónde ha salido. Vamos a recogerle

